



Con la colaboración
de la UNIVERSIDAD
PONTIFICIA DE SALAMANCA

SUPLEMENTO
Vida Nueva

SE226084

EDITORIAL

Lo sagrado de todas

RITA PINCI



“Visitación”, 1528
Jacopo Pontormo

DONNE CHIESA MONDO

Suplemento mensual

CONSEJO DE REDACCIÓN

RITANNA ARMENI
GABRIELLA BOTTANI
YVONNE DOHNA SCHLOBITTEN
CHIARA GIACCARDI
SHAHRZAD HOUSHMAND ZADEH
AMY-JILL LEVINE
GRAZIA LOPARCO
MARINELLA PERRONI
MARTA RODRÍGUEZ DÍAZ
CAROLA SUSANI
RITA PINCI (COORDINADORA)

EN REDACCIÓN

SILVIA GUIDI
VALERIA PENDEZZA

Esta edición especial en castellano
(traducción de ÁNGELES
CONDE) se distribuye de forma
conjunta con VIDA NUEVA y
no se venderá por separado

www.osservatoreromano.va

En los últimos años, el mundo parece haber comenzado a plantearse preguntas que creíamos sepultadas bajo la modernidad y la secularización: ¿Qué significa vivir con sentido? ¿Cuál es nuestra relación con lo divino? Guerras, pobreza, migración, crisis ecológicas y económicas han sacudido nuestras certezas, poniendo de relieve la fragilidad y la vulnerabilidad del ser humano. Y en medio de esta tensión, muchas mujeres han decidido entablar un diálogo a la vez antiguo y nuevo; un retorno a lo sagrado, o al menos, a una forma de espiritualidad que no se limita a la ausencia de fe, sino que se convierte en una experiencia concreta, vivida y puesta en práctica. No es casualidad que, como observa **Emilia Palladino**, catedrática de Ciencias Sociales en la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma, sea precisamente el miedo —una emoción primaria, esencial para la supervivencia— lo que reabre el espacio para la espiritualidad. En un mundo marcado por el misterio y la incertidumbre, la búsqueda de un “más allá” se convierte en una forma de afrontar este miedo sin dejarse abrumar por él. La espiritualidad, escribe, no lo borra, sino que lo dirige, transformándolo en una palanca para seguir viviendo y buscando sentido.

Los testimonios recogidos en este número revelan una pluralidad de perspectivas. **Cécile**, arrodillada ante la Capilla de Nuestra Señora de la Medalla Milagrosa en París, sostiene en sus manos un cuaderno con los nombres de seres queridos desaparecidos en la guerra de Sudán. Su cuerpo tiembla como si contuviera un sollozo, pero la oración se convierte en un gesto de resistencia, memoria y esperanza. En esta escena, tan concreta y poderosa, lo sagrado no es abstracto: es cuidado, atención y presencia. Y está custodiado por mujeres, por las religiosas que

dirigen la capilla, pero también por quienes rezan a solas en silencio.

La profesora **Valérie Aubourg**, directora de la nueva Facultad Eclesiástica de Ciencias Sociales de la Universidad Católica de Lyon, nos ayuda a comprender este fenómeno desde una perspectiva más amplia. Tras el Concilio Vaticano II, muchas prácticas visibles —peregrinaciones, gestos devocionales— fueron tachadas como anticuadas y casi relegadas. Hoy, gracias en parte a la llegada de católicos migrantes, estas prácticas están resurgiendo, pero con nuevas formas, a menudo, individualizadas, interiorizadas, pero capaces de devolver el sentido a la comunidad y al ritual. Peregrinaciones, pasos, ceremonias religiosas... no se trata de un retorno nostálgico, sino de una reinención de lo sagrado donde las mujeres suelen ser protagonistas en la transmisión de gestos y significados.

Lección de amor

Incluso en la sociedad laica, el debate sigue vigente. **Flavia Trupia**, creyente que trabaja en comunicación y retórica, observa que la religión católica sigue siendo una lección de amor y respeto insustituible. Sin embargo, muchas mujeres como ella permanecen alejadas de las instituciones, atraídas por la espiritualidad, pero no por los rituales jerárquicos. La pregunta entonces es: si hay espacio para hablar de Dios, ¿es este el momento para las mujeres?, ¿pueden sus voces redefinir lo sagrado hoy, haciéndolo accesible, inclusivo y capaz de responder a los dilemas concretos de nuestro tiempo? Es una pregunta que también se produce en la Iglesia desde dentro. La joven teóloga **Paola Franchina** lo expresa sin rodeos: “Soy católica, pero no quiero ser un simple eco”. Su reflexión pone de relieve una cuestión →

→ crucial, es decir, que la presencia de las mujeres está generalizada, pero su acceso a la toma de decisiones sigue siendo limitado. No se trata solo de visibilidad, sino de poder, de un reconocimiento genuino de su capacidad de influencia. Para muchas, permanecer en la Iglesia no es una adhesión pasiva, sino una elección consciente, y muchas veces ardua, una forma de pertenencia acompañada de un deseo de transformación. Una voz que no solo resuena, sino que pide ser escuchada.

No es casualidad que la cultura contemporánea explore tensiones similares. En el cine, el director ganador del Óscar, **Paolo Sorrentino**, plantea una pregunta fundamental: ¿de quién son estos días? Esta es la pregunta que recorre su última película, *La grazia*, donde “la gracia” no es meramente un concepto legal, sino una dimensión interior, capaz de salvar sin necesidad de explicaciones. Es una pregunta que resuena profundamente en nuestro tiempo, capturando una búsqueda generalizada de sentido, suspendida entre la fe, la duda y el deseo. Esta misma tensión también se evidencia en algunas prácticas artísticas contemporáneas, donde lo sagrado se mezcla con la vida personal y la exploración interior. En la obra de la cantante española **Rosalía**, por ejemplo, la espiritualidad emerge a través de diversas referencias, desde santos cristianos hasta figuras como **Simone Weil**. Estas presencias se convierten en puntos de referencia internos. La oración, aprendida de niña junto a su abuela, regresa como un gesto sencillo y cotidiano. Al tiempo, la música se convierte en un espacio donde se busca, se evoca e incluso se cuestiona lo divino. No se trata de una fe ostentosa ni rígida, sino de algo auténtico que se manifiesta a través del cuerpo, la voz y la memoria.

Nuevas peregrinaciones

En este sentido, su búsqueda se relaciona profundamente con la de muchas mujeres: una espiritualidad que no se limita a preservar el pasado, sino que lo reelabora y lo pone en movimiento. Las peregrinaciones ya no coinciden necesariamente con las rutas tradicionales hacia destinos sagrados codificados, sino que adoptan nuevas formas, a menudo personales e informales: caminos sin destinos preestablecidos, recorridos pausados por la naturaleza, experiencias de silencio o exploración interior que cada persona construye según su propia necesidad de significado. En estos recorridos, como en los gestos cotidianos de cuidado –dedicar tiempo a



uno mismo, a los demás, a lo que nos rodea—lo sagrado no se presenta como algo separado o predefinido, sino como una experiencia encarnada que toma forma en la vida concreta. Es una sacralidad que nunca es definitiva, que no puede fijarse de una vez por todas, sino que permanece siempre en evolución, abierta y en constante transformación.

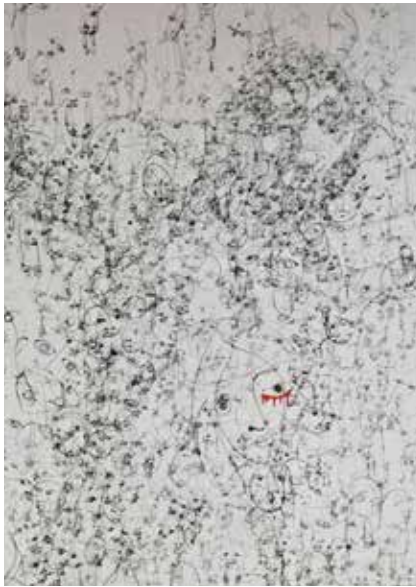
Este número de *Donne Chiesa Mondo* no pretende resumir todas las voces. Las entrevistas, los reportajes y las historias de viajes aquí recopiladas demuestran una variedad de enfoques. Desde quienes buscan una espiritualidad personal, pasando por quienes redescubren prácticas ancestrales con una mirada renovada, hasta quienes se relacionan con la religión a través de

la cultura y la filosofía. Sin embargo, en todas estas historias se percibe un hilo conductor: la necesidad de significado, comunidad y belleza. Y son las mujeres quienes encarnan muchas de estas prácticas hoy, tanto dentro como fuera de las instituciones, con una libertad de elección que hace que su espiritualidad sea única y poderosa. Quizás nuestra época pertenezca verdaderamente a quienes saben escuchar, rezar y preservar la memoria y la esperanza. Lo sagrado es el gesto concreto, el cuidado, la atención a los demás y la gracia del alma. Y quizás, en esta era de interrogantes globales y tensiones íntimas, las mujeres sean la voz que habla al presente, reinventando el diálogo entre el cielo y la tierra, entre la fe y la vida.

El ‘Cristo de todos’ de Danilo Bucchi

En el 2011, en ocasión de Arte Fiera, nace *El Cristo de todos* de **Danilo Bucchi**, un gran retablo destinado a la iglesia de San Girolamo della Certosa, en Bolonia, para sustituir temporalmente a la pintura del siglo XVI de la Visión de San Bruno, que estaba restaurándose. No era una exposición cualquiera, sino un acontecimiento promovido por el Museo Cívico del Risorgimento. La obra cobraba vida, pero la completaba el artista en vivo y en directo en la Sala del Panteón de los Ilustres Bolognesi. Ese era el momento en que se realizaba plenamente.

Este paso era crucial para comprender su significado. No era una obra ya terminada y posteriormente expuesta, sino una imagen que tomaba forma en el presente, ante el espectador. El presentarse al público no resultaba un elemento accesorio, sino el punto en el que la obra se abría y se ofrecía. El espacio compartido se convertía en parte integral del proceso donde el artista se exponía, se dejaba escudriñar acogiendo la presencia de los demás como un componente activo de la creación. El resultado era una imagen que no se limitaba a una forma definitiva, sino que conservaba las huellas de su propia creación.



En un contexto tan cargado de memoria, Bucchi introducía algo que desestabilizaba. Su Cristo se construía mediante una línea esencial que sugería, más que describir. No escenificaba un episodio evangélico, no insistía en la narración del dolor, no imponía una lectura unívoca. La imagen evitaba la construcción narrativa tradicional y se presentaba como un umbral, como

reconocible, pero nunca del todo definida. Una forma que se dejaba ver sin cerrarse.

El proceso era de acumulación. De cerca, Cristo se disolvía y de él emergían fragmentos, figuras que aparecían y luego se dispersaban, entre ellas, la de una mujer que lloraba lágrimas rojas. Al alejarse, la imagen se recomponía, Cristo aparecía y, a su lado, era posible distinguir a la Virgen derramando sangre. Una imagen que sucedía en la propia mirada en la distancia, en el movimiento del observador. En esta oscilación entre aparición y desaparición, la obra era una dimensión inestable, abierta y profundamente personal de lo sagrado.

El título, “de todos”, no era una fórmula, sino una consecuencia. Surgía de ese gesto original, público y compartido. Una imagen que no pertenecía a una sola persona, sino que permanecía disponible, accesible, expuesta a la mirada de todo aquel que pasaba, creyente o no. “De todos” porque llega un momento en que todos, ante las limitaciones, se vuelven hacia lo desconocido. Todos anhelamos un milagro.

Un Cristo que no definía lo sagrado, sino que lo reabría. Que no respondía, sino que permanecía como una pregunta compartida. (R.P.)

Pensar en la fe femenina

MASSIMO FAGGIOLI

La historia de las mujeres de la Iglesia católica en Estados Unidos es una historia de compromiso social y “político”, pero también de trabajo para crear una nueva tradición teológica y de pensamiento que ha enriquecido a esa Iglesia y a todo el país. Y lo ha hecho de una forma distinta a la que hubiera supuesto la historia de las mujeres de iglesias y tradiciones cristianas no católicas. Es una historia que ha producido pensadoras que han abierto las mentes y los corazones de generaciones de estudiantes. En un discurso pronunciado el 2 de marzo de 2026, el Papa **León XIV** dijo que “la formación teológica no es un destino para unos pocos especialistas, sino una vocación dirigida a todos, para que cada uno profundice su comprensión del misterio de la fe y reciba las herramientas necesarias para perseguir apasionadamente el ‘compromiso perseverante con la mediación cultural y social

del Evangelio’ (**Francisco**, Constitución Apostólica *Veritatis Gaudium*, 3)”. Es una vocación que las mujeres católicas en Estados Unidos recibieron hace muchas décadas. El libro de **Elizabeth Johnson**, *She Who Is: The Mystery of God in Feminist Theological Discourse* (1992), me ha ayudado a comprender la contribución fundamental de la teología feminista y de las mujeres. Pero, sobre todo, me ha ayudado a abrir mi corazón y a comprender quién soy realmente como cristiano y como teólogo.

A las primeras generaciones de teólogas se han sumado otras, lo que refleja la gran diversidad cultural dentro de una Iglesia que siempre se ha resistido a la tentación de nacionalizarse y aislarse. Formo parte de esas generaciones de estudiantes de las teólogas estadounidenses. Un pequeño número ingresó en la academia, pero la mayoría contribuyó a la construcción del cuerpo de ministerios laicos. Es una diversidad que debe mucho al trabajo teológico de las mujeres y siempre ha hecho del catolicismo estadounidense un laboratorio. Las mujeres siempre han estado en el centro de la historia de la Iglesia, junto con los hombres. Especialmente en Estados Unidos y es nuestro deber reconocerles los capítulos de esa historia, también intelectual, que escribieron en Estados Unidos y que han llegado al catolicismo global.



Elizabeth Johnson

Hablar con Dios con franqueza,

Se constata el aumento de la búsqueda de lo sagrado de una forma más libre y personal

EMILIA PALLADINO

Nuestro mundo da miedo. Tenemos miedo. Nosotras, las mujeres, quizás un poco más. El miedo es una emoción primaria, una de las seis emociones primarias, junto con la alegría, la tristeza, la ira, el asco, la sorpresa y el desprecio. Y, como todas las emociones, no se aprende, sino que es adaptativo, es decir, tiene una función. El miedo sirve para defendernos cuando estamos en peligro mediante respuestas inmediatas e instintivas que nos hacen alejarnos, correr, escondernos o refugiarnos. Todo lo misterioso, sea visible o invisible, es ante todo aterrador. La tensión que surge en cada uno de nosotros al vivir en un mundo marcado por el misterio, lo inexplicable y la incapacidad de controlar plenamente los acontecimientos y el paso del tiempo, ha encontrado su respuesta en la espiritualidad. Nos permite dar nombre a un rasgo constitutivo del ser humano: el deseo y el impulso interior de ir más allá de la realidad objetiva que vemos, de volver a comprenderla a la luz del misterio que nos rodea y la profunda conciencia de ser más de lo que experimentamos, sentimos y pensamos. Y nos permite escapar de cierta forma de ese miedo atávico, ancestral, omnipresente y a veces incontrolable a no saber qué nos depara el futuro.

Adherirse a una religión, cuyo sistema de creencias y rituales regula la espiritualidad que la nutre y que, legítimamente, nos ayuda a conectar con un plano superior que ordena el mundo inmaterial que habitamos, es un poderoso remedio contra el miedo. De hecho, lo contiene, lo dirige y lo motiva, precisamente porque no lo disminuye ni lo niega; neutraliza su poder destructivo y potencia su capacidad de adaptación, que también funciona como palanca para el cambio, tanto individual como colectivo. Con respecto a la espiritualidad cristiana y la religión católica en particular, podría decirse que su vínculo inseparable se rompió hace al menos dos siglos. Hoy, tal vez sea posible usar este verbo inquietante, “romper”, sin acusar a ningún grupo humano de ser la causa, como las mujeres y su trabajo fuera del hogar; o algún dispositivo moderno, como

los teléfonos inteligentes y el acceso a las redes sociales, sino reflexionando sobre un aspecto cultural más profundo: la actual intolerancia hacia las normas controladas externamente.

Vaciamiento espiritual

Un aspecto que quizás contribuye al declive del catolicismo es la idea de que es más importante obedecer reglas y doctrina que refinar y profundizar la sensibilidad y el diálogo con **Jesús**. A largo plazo, este vaciamiento espiritual podría explicar parte del distanciamiento religioso que hemos presenciado desde hace tiempo. Es evidente que para muchos de nosotros es imposible vivir sin cultivar una espiritualidad interior que sea un remedio para el miedo y una razón superior de la existencia. En las últimas décadas, se ha hablado de un retorno a la espiritualidad, un retorno a lo sagrado. Hay una tendencia a ese retorno. El fenómeno de la espiritualidad en Italia se ha estudiado durante varias décadas con distintas aportaciones desde el ámbi-

to de las humanidades, en concreto, de los sociólogos de la religión. Entre ellos, destaca **Stefania Palmisano**, profesora de la Universidad de Turín. Junto con **Nicola Pannofino**, publicó el libro *Religión bajo el espíritu. Un viaje a las nuevas espiritualidades*, Mondadori Università, 2021. Es un intento por trazar un mapa de las modalidades y ubicaciones de las tendencias espirituales presentes en Italia que no se identifican con las grandes religiones, aunque se inspiran en ellas.

El resultado es un panorama variado, a veces inquietante, que reúne en un único y significativo contenedor de personas, gestos, situaciones, naturaleza, comunidad, investigación y acompañamiento. Y el hilo conductor de cada fenómeno descrito en el volumen es el rechazo a las reglas impuestas por otros que pretenden confinar las necesidades, los gestos y las orientaciones de las espiritualidades identificadas dentro de una red de liturgias preestablecidas y prescritas, percibidas como inmóviles y desfasadas con el movi-



honestidad y audacia

miento del mundo, el paso del tiempo, la urgencia de los acontecimientos actuales y el respeto debido al misterio.

La conformación a una doctrina que automáticamente se convierte en prueba de fe nos ha privado del anhelo de un más allá incognoscible, misterioso y siempre nuevo, distinto de cualquier persona o cosa presente y descriptible en la Tierra. La búsqueda de una voz diferente, más allá y en otro lugar, que no sea un megáfono de reglas escritas por otros (y casi nunca por otras), sino un signo tangible de una diferencia que nos salva del miedo, la oscuridad, el terror y la percepción de un futuro moribundo, inunda las mentes de los creyentes, empujándolos hacia horizontes desconocidos dentro de las mismas religiones que deberían abrirlos y que, en realidad, sabrían cómo hacerlo.

Esta voz diferente, que marca la diferencia, parece ser la de las mujeres. Ellas, a través de su experiencia histórica y social de exclusión y silencio, quizás hayan aprendido a expresar lo incognoscible, a ver más allá de la prisión de la realidad, a ponerse del lado de quienes no pueden, acercándose así a un cierto tipo de espi-

ritualidad que surge de una experiencia vital dolorosa y, a menudo, humillante.

Si parte de los motivos para recurrir a lo sagrado, a la espiritualidad, a algo que trasciende el yo, es un intento de escapar del miedo, de soportar las guerras de los violentos y los orgullosos, de afrontar el horror y la blasfemia que parecen acecharnos estos días, las mujeres saben reconocerlos y honrarlos. Parece que no existan las reglas que se aplican a toda costa, doctrinas que deban respetarse, normas que expliquen y definan, que puedan convencerlas de no mirar hacia arriba, de no llorar ante una tumba. Las mujeres reivindican lo sagrado para hablar con Dios con franqueza, honestidad y audacia. El juicio de los hombres que se muestran seguros de su poder espiritual, las impacta y hiere, pero no les impide escapar de lo que se espera de ellas. La revolución comienza con la negativa a obedecer, escuchando la propia necesidad de algo más, más allá y en otro lugar, incluso en silencio.

Una transición

Los símbolos y ritos que las mujeres han imaginado y siguen imaginando al margen de los símbolos y ritos de las grandes religiones se conectan con el cuerpo, la sangre y la naturaleza. Por un lado, parece posible identificar una sacralidad que conecta con todo lo que ha sido y es ofendido, humillado y desfigurado: los cuerpos golpeados y violados, la sangre (menstrual, pero también derramada por víctimas inocentes), la naturaleza pisoteada y explotada para el beneficio de unos pocos. Por otro lado, parece posible reconocer, dentro de estas mismas categorías, un impulso hacia un nuevo comienzo, a través de formas de purificación autoconstruidas que claman por una especie de salvación del cuerpo, curación de la sangre, liberación de la naturaleza.

En esta transición de la muerte a la vida, cuyos ritos evocan aquellos que giran en torno a la historia de Jesús, se puede disipar el miedo, contemplar el horizonte con nuevos ojos y reafirmar la esperanza. Por lo tanto, si un retorno a la espiritualidad fomenta sentimientos y acciones de acogida, paz y respeto por todos los seres vivos, y si esto puede representar una salida de un mundo en llamas, entonces quizás lo mejor sea pensar primero en ese retorno y después en cómo regularlo.



Adivinos y cigüeñas

CRISTINA SIMONELLI

Seguir los instintos en busca de agua y energía no te hace caminar por el camino habitual, sino que te empuja a avanzar, cambiando de dirección continuamente. Quizás dando pasos hacia un lado del camino, mirando el quitamiedos con recelo y con un toque de condescendencia. Así percibo estar en el mundo, tocada por energías espirituales. Podría parecer optimismo o incluso, el instinto de contradecir encuestas y estadísticas sobre el abandono religioso, lo que podría significar una pérdida de espiritualidad. Hay señales preocupantes que apuntan a la violencia verbal y física, personal, grupal y de Estado.

Para rastrear estos acuíferos, a veces simples riachuelos, que juntos forman ríos, es necesario realizar cambios. Cambios pequeños, cruciales y en dos direcciones: fuera de los espacios tradicionales y autorizados de las instituciones religiosas, incluidas las iglesias; y más allá del propio ombligo y la propia imagen. Para el primer cambio, hago referencia a **Francisco de Asís** y su vara de medir, desde el centro del camino hacia los leprosos: no tanto la buena caridad que llega a la periferia, sino otra perspectiva de la realidad, una que se revela como bella y redibuja los mapas, las cartografías del espíritu. No es solo un cambio de ubicación, sino un cambio de corazón que se convierte en un cambio de perspectiva. Con un poco de descentralización, podemos volver a los lugares tradicionales y reconocer en las antiguas espiritualidades, las energías que aún están activas y bendecirlas, incluso liberarlas un poco, pero con empatía, sin pensar que somos los primeros ni los únicos.

Se podría proponer un enfoque teológico: es la gracia la que actúa y debemos dejarle hueco. O uno moralista: es necesario descentralizar para hacer espacio. Ambos son malos, porque son arrogantes. De la vida y de quienes nos han amado, de quienes nos han bendecido y nos corresponde devolver con gratitud, dar pasos y reconocer el designio de la cigüeña en los demás, como **Karen Blixen** en *Memorias de África*: "Cuando el designio de nuestra vida esté completo, ¿veré yo, o verán otros, una cigüeña?".



El reclamo discreto de Catalina

Así se vive la fe en capilla de la Medalla Milagrosa en París

FEDERICA RE DAVID

La Rue du Bac, una de las calles más elegantes de la Rive Gauche de París, reúne a peregrinos, turistas y parisinos entre escaparates de alta costura, galerías de arte y puestos de comida gourmet. Algunas personas sin hogar flanquean la entrada del número 140, como guardias reales porque la fe y la esperanza de quienes cruzan esa puerta de madera podrían ayudarles a recaudar donaciones más generosas. Allí está uno de los lugares de devoción mariana más importantes del mundo: la Capilla de Nuestra Señora de la Medalla Milagrosa que alberga los restos de Santa **Catalina Labouré**. Fue allí donde la Virgen **María** se apareció dos veces a Catalina, novicia del convento de las Hijas de la Caridad.

En torno a este lugar, bendecido por la Iglesia, que reconoció las apariciones de la Virgen María y los milagros de Catalina, se ha desarrollado un culto que la llevó a ser canonizada en 1947, bajo el pontificado del Papa **Pío XII**. Un culto fomentado por las Hermanas de la Caridad de San Vicente de Paúl, ya que la capilla de las apariciones forma parte de su casa madre. Fue en ese monasterio, donde Catalina, la penúltima de diez hermanos y huérfana de madre desde la infancia, ingresó a los 24 años. El 18 de julio de 1830, recibió una llamada nocturna de “un niño radiante de luz”, quien la invitó a ir a la capilla, donde “la Santísima Virgen esperaba”. Cuatro meses después, **María** regresó para “encontrarse” con Catalina de nuevo en la capilla, le mostró una medalla y le pidió que acuñara otras similares, que traerían muchas gracias a quienes las llevaran.

Para llegar a la capilla hay que recorrer un sendero cuyas paredes, al igual que la propia capilla, están cubiertas de ofrendas votivas por las gracias recibidas: cientos y cientos de placas de mármol, todas con la misma palabra grabada en la parte superior: *Merci*. “Gracias por el nacimiento de María Verónica”, “gracias por mi curación y por la conversión de mi hijo”, “gracias por mis oposiciones”, “gracias por mi madre”,

“gracias María”, “gracias, dulce Virgen”, “gracias Catalina”.

La historia de Catalina se narra en bajorrelieve en esas paredes. Y una placa dice: “Fue en esta capilla donde, en 1830, la Inmaculada Virgen, Madre de Dios, se apareció a la hermana Catalina Labouré, entregando al mundo la Medalla Milagrosa”. Las monjas advierten que las medallas que se venden en la tienda de al lado son copias y no tienen poderes milagrosos, pero la cola para comprar una (de oro, plata, estaño o resina) recorre toda la avenida.

Cuerpo incorrupto

Porque es imposible, una vez dentro de la capilla, no salir conmovido por la fe, la esperanza, la desesperación, la veneración, la multitud que se vuelve hacia Catalina para interceder por una gracia de la Virgen. El cuerpo incorrupto de Catalina (otra demostración de santidad) se conserva en una vitrina protegida por una balaustrada de mármol a la derecha del altar de la capilla. Los peregrinos se agolpan alrededor, rezando, arrodillándose, a menudo apoyando el rostro en el suelo, y permaneciendo así, algunos durante horas, otros solo unos minutos.

Llevan ramos de flores y los arrojan sobre la balaustrada, hasta que una de las religiosas entra en el recinto y los acerca al cuerpo de la santa. Con delicadeza, los toma de alguien: “¿Puedo llevármelo? Se lo acercaré directamente a Catalina. ¿Cómo te llamas?... Le diré que de parte de **Teresa**”. Se acerca al cuerpo y, susurrando, coloca las flores que lleva junto al rostro de la santa, medio cubierto por la cornette, el tocado de las Hermanas de la Caridad de San Vicente. Entre los que rezan hay un joven en silla de ruedas: aquí no hay aguas milagrosas como en Lourdes, pero él cree en la santa de la Rue du Bac y espera que interceda por él. No busca milagros, sino la fuerza para superar los obstáculos.

Una mujer rubia apoya su mano derecha sobre el hombro de un niño. Con delicadeza, lo hace arrodillarse ante el altar central.



Se vuelve directamente hacia la Virgen, hablando en voz baja a la imponente estatua que la representa como la Virgen de la Medalla Milagrosa. Está aplastando una serpiente y sus manos están abiertas y adornadas con anillos cubiertos de piedras preciosas, de las que emanan rayos de luz que representan las gracias concedidas. Algunas piedras no brillan; representan las gracias no recibidas. **Louise** reza y llora por su hijo, que ha perdido a su padre. Y también por ella. En cuanto ve que hay un pequeño espacio, toma al niño de la mano y se dirige a los restos de Santa Catalina. De rodillas, reza de nuevo, pidiendo a la santa que permita que el niño sobreviva al dolor. Y que pueda sacarlo del abismo en el que parece haber caído. No puede dejar de llorar ni siquiera al salir mientras sostiene la mano de su hijo hacia ese camino resplandeciente que parece hecho para conceder deseos reconfortantes.



Un hombre alto y corpulento, vestido de negro, reza por la recuperación de su padre. Permanece de pie con las manos alzadas hacia el altar, sosteniendo un teléfono móvil. Lleva impresa en la carcasa la foto de un anciano. “Papá”, dice **Youssef**, “dedicó toda su vida a mí, a mi madre, a mis hermanos. Se rompió los huesos para sacarnos de la pobreza cuando llegamos de la Guayana Francesa. Yo era solo un niño”. Ahora es un hombre adulto y no sabe cómo liberar a su padre de una enfermedad incurable. Reza, reza a la Virgen María que está en el centro de la iglesia. Luego cae de rodillas ante Catalina y reza de nuevo, mostrándole la foto de aquel anciano del que nunca querría separarse.

Ha pasado más de una hora desde que **Cécile** está en el suelo, con las rodillas en el primer escalón del altar, el rostro dos escalones más arriba, la frente apoyada en el suelo. Permanece inmóvil, rezando



con el cuerpo, estremeciéndose de vez en cuando, como si sollozara o llorara. Debajo de ella, aferra una bolsa con una libreta. Allí están los nombres y las fotos de seres queridos de los que no sabe nada arrancados de sus hogares por la guerra en Sudán. Para los pocos cristianos que hay allí, es aún más difícil: no pertenecen a ninguna de las dos facciones enfrentadas y son víctimas de ambas.

Súplica interminable

Cécile piensa en sus nietos, niños solos, buscando comida que tal vez nunca regresen; en las madres que buscan a sus hijos y algo con qué cubrirlos; en los padres desarmados, luchando por la supervivencia de todos. Reza, se desespera, pide una gracia que parece imposible: que termine la guerra, que se recupere la cordura, que sus seres queridos vuelvan a casa. Es una súplica que parece interminable, como una guerra. Cerca de allí, otras personas rezan, con la cabeza hacia abajo, durante unos minutos, media hora; algunas se levantan y luego regresan... Un hombre se arrodilla un instante, casi con timidez, para pedirle a Catalina que ayude a su hija a cumplir su sueño de graduarse. No es solo el dolor lo que entra en la Capilla de Nuestra Señora de la Medalla Milagrosa. También está la alegría de una devoción sin peticiones, pero con “la esperanza de tenerlas siempre a nuestro lado, a María y Catalina”, como dicen los jóvenes del grupo de peregrinos

españoles. Y están quienes simplemente la visitan, porque la capilla de la Rue du Bac se ha convertido en un lugar donde es importante “dejarse ver”. Vemos a una chica peruana posando como una *influencer* mientras un joven le hace fotos. Un laico de la congregación interviene desde el micrófono del altar y advierte, molesto: “Basta de fotos, no está permitido. Debemos respetar la intimidad de los fieles que están aquí para rezar”. Muchos de ellos, antes de arrodillarse, hicieron cola frente a los confesionarios abiertos, donde uno puede sentarse o arrodillarse, pero siempre frente al sacerdote. Pero como “la confesión no siempre es fácil”, primero hay que hacer “un buen examen de conciencia”: “Cada persona debe ponerse, no ante un catálogo de pecados, sino ante el Padre, rico en misericordia que nos ha hablado por medio de su Hijo” y evaluar en su interior la gravedad de sus pecados antes de pedir la absolución.

La mayoría de la gente hace cola a la salida para comprar medallas o incluso estatuillas de Nuestra Señora de la Medalla, que se encuentran entre las más comunes en la iconografía devocional. Las religiosas, con calma y como de costumbre, recogen sus cosas, cobran y advierten que no se deben esperar milagros. Dos chicas italianas acompañan a su madre, que está allí por su tía. Le envían un selfie para demostrar que la misión está cumplida y que la medalla llegará.

Valérie Aubourg analiza el cambio religioso en Francia

MARIE-LUCILE KUBACKI

¿Están las poblaciones inmigrantes transformando la manera en que se vive lo sagrado en el catolicismo contemporáneo? A través de cantos, peregrinaciones y oraciones diarias, ¿están los inmigrantes devolviendo vitalidad y color a la vida religiosa en Francia? Hablamos de esto con **Valérie Aubourg**, catedrática de Antropología y Etnología, experta en religiones contemporáneas y fenómenos espirituales, y directora de la nueva Facultad Eclesiástica de Ciencias Sociales de la Universidad Católica de Lyon, cuya inauguración será en septiembre de 2026. *Profesora Aubourg, ¿ha notado algún cambio hoy en día en la relación con lo sagrado, o más ampliamente, en la relación con la religión y la práctica religiosa?*

No estoy segura de que el término “sagrado” sea el más apropiado, pero sin duda ha habido una evolución en la relación con la religión, la fe y la práctica religiosa. La religión no es solo un conjunto de creencias o actitudes. Es una ética, un conjunto de comportamientos y prácticas, con algunos actos recomendados o incluso prescritos y otros prohibidos. Esta dimensión práctica, la de la ortopraxis, se ha atenuado significativamente desde el Concilio Vaticano II.

¿Qué ha sucedido?

Se favoreció un cristianismo más interiorizado e intelectual, centrado más en las actitudes que en los ritos visibles. Toda una serie de prácticas –vestimenta, gestos, objetos de devoción, abstinencias, signos distintivos– fueron relegadas al rango de formas anticuadas, asociadas a la religión de los antepasados o a corrientes tradicionalistas. Este movimiento formó parte de una modernización de la sociedad que tendió a eliminar los rituales.

¿Y hoy?

Hoy se están volviendo a valorar estas prácticas. No lo llamaría exactamente un resurgimiento, ya que reaparecen en un contexto diferente al anterior al Concilio. Prácticas largamente subestimadas están recuperando protagonismo: la misa del Miércoles de Ceniza, las sotanas, las peregrinaciones, el rosario, los actos visibles de piedad. Y es aquí donde los migrantes católicos desempeñan un papel importante.

Aquellos que he estudiado, concretamente de sociedades asiáticas, africanas,



latinoamericanas o criollas, no han experimentado el mismo abandono de estas prácticas. Llegan con un catolicismo que favorece las peregrinaciones, los pasos, las ceremonias religiosas, las devociones y una práctica más rigurosa de la Cuaresma. Existe un terreno común entre estos católicos y un sector del catolicismo francés que ahora está reviviendo estas prácticas.

Es importante aclarar, sin embargo, que la práctica también está evolucionando entre las poblaciones migrantes. En sus países de origen, muchos asistían a misa con mayor regularidad y se unían a coros o grupos de oración. En Francia, la práctica tiende a individualizarse más. Siguen rezando, pidiendo el bautismo de sus hijos y encomendándose a Dios, pero la participación colectiva y la implicación en la parroquia se vuelven más irregulares debido a las limitaciones de tiempo, la vivienda, el cuidado de los niños o el trabajo.

Influencia del islam

Se habla con frecuencia de la influencia del islam en esta renovada relación con la práctica religiosa, ¿está de acuerdo con esto?


Sí, en parte. En la sociedad francesa en su conjunto, el islam desempeña un papel fundamental hoy en día. Lo mismo

ocurre en el catolicismo, aunque solo sea por comparación. Existe un respeto por prácticas visibles como el ayuno durante el Ramadán, y algunos católicos sienten que, ante este compromiso, ellos mismos podrían hacer más. De este modo, se produce una forma de emulación.

Pero para los inmigrantes católicos, la cuestión es más compleja. Muchos provienen de sociedades donde el islam ha estado presente desde hace mucho tiempo, donde existen matrimonios mixtos y una convivencia arraigada en los barrios, a veces incluso dentro de las familias. Su relación con el islam no es la de una otredad reciente. Al mismo tiempo, algunos llegan con una imagen más deteriorada del islam, vinculada a la violencia terrorista que sufrieron en su país de origen. Su experiencia es ambivalente.

El papel de la mujer parece fundamental para esta renovación. ¿Qué lugar ocupan?

Es absolutamente crucial. Entre los migrantes católicos, sin duda hay, proporcionalmente, más hombres practicantes que entre los católicos franceses asentados desde hace varias generaciones. La fe sigue siendo un apoyo importante para ellos ante la precariedad, las dificultades con el empleo, la vivienda, la salud o la experiencia



“A través de las mujeres y de María, se da la renovación católica”

del exilio. Muchos atribuyen la mejora de su situación a Dios o a la Virgen **María**. Las mujeres son las más visibles. Son ellas quienes se encuentran en las ceremonias religiosas, santuarios, grupos de oración y redes informales. Y a menudo ejercen un auténtico liderazgo religioso, sin ser reconocidas como tales por la institución. **¿Nos puede dar algún ejemplo?**

Conocí a mujeres que durante años habían dinamizado vastas redes a través de WhatsApp para congregar a cientos de migrantes –africanos, criollos y caribeños–. Difundían información sobre encuentros para rezar el rosario, convocaban conciertos de alabanza, vigiliaban de sanación e informaban de visitas de predicadores. Estas citas eran muy informales, variadas, pero muy estructuradas.

Otras mujeres, comprometidas con su parroquia, prestan servicios litúrgicos esenciales, preparan celebraciones y organizan grupos de oración que incluyen a africanos, antillanos y algunos franceses, pero su compromiso no es reconocido. Este es un punto crucial. Estas mujeres ocupan posiciones de liderazgo en la difusión de prácticas, devociones, información y reuniones. Promueven un catolicismo ordinario, transnacional y móvil, apenas

institucionalizado pero muy activo. Y esto permanece en gran medida invisible para la jerarquía católica.

Es importante añadir a esto la importancia de la devoción mariana. La oración a María, María Desata Nudos, la petición de protección, ayuda e intercesión... todo esto también le da al catolicismo un fuerte matiz femenino. A través de las mujeres y a través de María, se desarrolla un papel decisivo en la renovación católica.

¿Esta renovación implica a la liturgia?

Sí, pero de forma ambivalente. Por un lado, estas poblaciones son muy atentas a los ritos, a su observancia escrupulosa, a todos los signos que el catolicismo posconciliar a veces había atenuado: incienso, cenizas, gestos, objetos, el peso simbólico de la celebración. Se ven acompañadas por una demanda de una liturgia más marcada y sacralizada. Al mismo tiempo, llegan con otras expectativas litúrgicas que no siempre encuentran en Francia: más canto, ritmo, movimiento corporal, la importancia de los coros, a veces danza, procesiones más elaboradas, mayor expresividad.

¿Hay dificultades?

Estos elementos son difíciles de introducir en las parroquias francesas. A menudo se perciben como folclóricos o se

reprimen en nombre de una determinada concepción de la integración. Aquí entra en juego un factor importante: la visión republicana francesa de la integración, concebida en términos de individuos más que de comunidades.

En cuanto un grupo desea rezar de maneras más ligadas a su historia u orígenes, surgen sospechas de “comunitarismo”. Esta lógica también impregna la Iglesia. Explica en parte por qué algunas peticiones de misas africanas o formas litúrgicas específicas se conceden con reticencia. Sin embargo, estos mismos inmigrantes son claramente conscientes de que dentro del catolicismo francés existen otros “círculos cerrados”, con mayor reconocimiento social.

¿En los ambientes carismáticos se crean los mejores puentes?

Sí, sin duda. Tanto en los círculos carismáticos católicos como en los evangélicos, el encuentro entre la población local y los migrantes es más intenso. Allí se forjan verdaderas amistades, a veces incluso uniones. La fe compartida crea un vínculo más fuerte que en el contexto parroquial habitual. Son también espacios donde las expresiones de piedad, sanación, liberación, canto y oración colectiva encuentran su lugar con mayor facilidad.

Recursos

¿La Iglesia en Francia está suficientemente preparada para estas expectativas?

Tiene los recursos para satisfacer estas necesidades, y a veces lo hace, por ejemplo, a través de equipos de exorcismo, que me han impresionado mucho por la calidad de su escucha y apoyo. Pero...

¿Pero?

Tengo la impresión de que muchas veces se exige a las personas una gran coherencia entre sus creencias, prácticas y estilo de vida antes de que se les facilite el acceso a los ritos. Hay muchas personas que presentan peticiones que no se corresponden con esta coherencia perfecta. Por ejemplo, desean que un niño reciba el bautismo para protegerlo, o quieren una boda o una bendición sin necesariamente cumplir con los cánones establecidos. Y debido a nuestro temor al “pensamiento mágico”, podemos sentirnos tentados a mantenerlos a distancia. Y es una lástima, porque estas personas están llamando a las puertas de la Iglesia. Los ritos podrían ser una puerta de entrada para ellas. Al exigir demasiado desde el principio, corremos el riesgo de que sus expectativas se dirijan a otros ámbitos que el catolicismo podría perfectamente satisfacer.

Soy católica, pero no un eco

Soy mujer y pertenezco a la Iglesia católica. ¿Por qué, como mujer, decido permanecer en ella a pesar del marcado desequilibrio simbólico y de poder entre los sexos? La amplia presencia femenina no equivale al acceso real a los órganos de decisión. Ambas dimensiones pueden convivir. Por un lado, la participación de las mujeres en actividades pastorales, educativas y caritativas; por otro, un impacto limitado en los roles de gobierno y en los niveles formales de responsabilidad. Por lo tanto, la cuestión no radica solo en la visibilidad o la fuerza numérica, sino en la calidad de la participación y el reconocimiento institucional a la capacidad de contribuir en los procesos de toma de decisiones.

Existe una brecha significativa en comparación con la sociedad contemporánea. El impulso del feminismo ha ampliado progresivamente el espacio público e institucional de las mujeres, mientras que en la Iglesia este proceso parece haberse ralentizado considerablemente. La institución eclesial sigue anclada en un modelo patriarcal, donde la participación femenina es amplia a nivel operativo, pero limitada en los lugares donde se toman las decisiones. La brecha de género no se puede superar con excepciones individuales, no basta con que un líder masculino asigne cargos a mujeres de confianza. Sin una transformación estructural de las reglas y los mecanismos de poder, el sistema permanece inalterado y el desequilibrio se perpetúa. El patriarcado permite que una mujer acceda a puestos de alta dirección, siempre que opere dentro de los modelos heredados y codificados por el hombre.

La Coordinadora de Teólogas Italianas representa un espacio significativo donde las voces de las mujeres se escuchan con claridad, un espacio propio donde desarrollan una autoconciencia colectiva. En este contexto, se redescubren a sí mismas y, a partir de su experiencia concreta, desarrollan una forma de política femenina. Este espacio evoca la imagen planteada por **Virginia Woolf** en *Una habitación propia*, donde la autora argumenta que, para dedicarse al trabajo creativo, las mujeres requieren autonomía material y simbólica, un espacio donde desarrollar el pensamiento y la acción. Así se evita el lenguaje abstracto de lo universal neutral, privilegiando la experiencia vivida en la que las mujeres desenmascaran la masculinidad genérica que se pretende universal.

Fe e inquietud: es el dilema de quedarse en la Iglesia o escuchar la propia voz

PAOLA FRANCHINA

Como se observa en el Génesis, la palabra masculina (*šš*) no solo nombra a la mujer (*ššā*), sino que termina definiéndola dentro de un horizonte simbólico y social que la circunscribe. Un ejemplo es el modelo mariano-petrino, en el que Cristo es el Esposo y la Iglesia la Esposa: una simplificación de la complejidad que, al estructurar la diferencia en una forma esponsal, tiende a reducir la pluralidad de roles y experiencias femeninas y masculinas a polaridades jerárquicas.

Relación tóxica

Si bien la metáfora esponsal se emplea a menudo en la Iglesia, **Linda Pocher**, monja salesiana y teóloga, en una de sus cartas utiliza la metáfora de la relación tóxica. Es decir, una relación en la que se ignora el mensaje de la otra parte y la posición de poder sirve para mantener intacto lo que uno no quiere cuestionar. Las metáforas de **Balthasar** son en herramientas para ignorar las súplicas de las mujeres: la relación tóxica subraya que ningún argumento teológico es efectivo cuando no hay voluntad de escuchar.

Las teologías de género desafían esta construcción, exponiendo el funcionamiento estructural del patriarcado y el clericalismo. Muestran cómo la teología de Balthasar puede ser explotada para consolidar la dominación masculina y revelar la ilusión del “genio femenino”, que idealiza a las mujeres, presentándolas como angelicales, inofensivas

e insustanciales. En la Iglesia Católica, estas dinámicas se exacerbaban, ya que la imagen de la mujer está predominantemente mediada por la voz masculina de los sacerdotes, célibes cuya representación de la mujer pasa por el prisma de la imagen maternal.

Si bien se intenta silenciar la voz de las mujeres, la Biblia nos recuerda que deben ser *kenegdō*, es decir, aquellas que se mantienen al lado de los hombres, capaces de interactuar entre sí, de mirarse a los ojos y de participar en la construcción mutua del poder. Este concepto sugiere relaciones basadas en la igualdad y la responsabilidad compartida, rompiendo la polarización jerárquica y desafiando el orden masculino.

El “sí” de María no es el eco sumiso de un orden, sino una fractura en el orden patriarcal. Su cuerpo y sus palabras se convierten en espacios de toma de decisiones autónoma, no en objetos de control. Y **José** renuncia al poder legitimado por la ley masculina, abriéndose a escuchar. Esto no es sumisión: es un éxodo del patriarcado. Las mujeres pueden transformar el proceso de marginación en una oportunidad para recenterar lo que ha sido relegado a los márgenes, deconstruyendo el horizonte simbólico patriarcal que aprisiona a hombres y mujeres.

¿Por qué sigo siendo católica? Una enseñanza fundamental del Concilio Vaticano II es que la Iglesia es el pueblo de todos aquellos que creen en el Evangelio, que han sido bautizados y que desean vivirlo. Permanezco en la Iglesia porque soy Iglesia, en comunión con mis hermanas y hermanos. Permanezco en la Iglesia, pero procuro hacer oír mi voz: una voz que no es un eco, una voz de mujer que se alza como un acto de resistencia y amor.





“La Sagrada Familia”,
Henry Ossawa Tanner

Cómo rezaba María

Entre la escucha profunda y el cuidado cotidiano

LINDA POCHER

¿Cómo rezaba **María**? Evidentemente no rezaba el rosario ni el Vía Crucis. No iba a misa todos los días, ni practicaba la adoración eucarística. No conocía novenas ni devociones como las nuestras. Sin embargo, la falta de este tipo de oraciones no impidió que María cultivara su vida interior en un continuo intercambio con el Dios vivo. La oración de María no es principalmente un conjunto de prácticas, sino una forma de estar con Dios. Es una postura interior que impregna la vida cotidiana. No está separada de los días, los habita. Es una actitud que implica escuchar, mirar y caminar, el corazón y las manos.

La oración de María comienza con una escucha que no es pasiva. Es una escucha que se convierte en diálogo, un silencio que es cuna de las palabras más verdaderas. Incluso de las incómodas a veces. En la Anunciación, después de escuchar atentamente, no permanece en silencio, sino que pregunta: “¿Cómo sucederá esto?”. Y su deseo de comprender es el espacio que se abre para que Dios se revele. María entra en una relación, acoge la Palabra y, al mismo tiempo, la cuestiona. En este intercambio, su fe toma forma. Su “hágase en mí según tu palabra” nace de esto, de un verdadero diálogo. María no se limita

a recibir un mensaje, sino que se implica. Para ella, la oración es ese encuentro en el que Dios se revela y el ser humano se expone.

De este diálogo nace una nueva perspectiva. El Evangelio dice que María “conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón”. Su mirada no es distraída, sino atenta y paciente. No descarta lo que no comprende, no fuerza los acontecimientos. Guarda y espera. Así, la realidad se convierte para ella en un lugar para interpretar. Esta forma de mirar también marca el crecimiento de **Jesús**. En sus parábolas, encontramos una mirada capaz de interpretar la vida: una semilla, un campo o un rostro del camino.

Ver a las personas en su singularidad y en su necesidad es ya oración. Es reconocer que cada encuentro puede convertirse en revelación. La oración de María es también un camino. Los Evangelios la muestran en movimiento: hacia la montaña para llegar a Isabel, hacia Belén, hacia Egipto, hasta Jerusalén. Sus pasos hablan de una fe concreta. No se queda quieta cuando la vida cambia de rumbo. Se alza y camina.

La profecía de **Simeón**, que habla de una espada que traspasará su corazón, es como un rayo de luz que nos guía hacia su vida interior. En las Escrituras, la espada simboliza la Palabra de Dios que penetra e ilumina hasta la médula. María, sin duda,

conocía las Escrituras de memoria: los salmos, los profetas, los proverbios y las historias de su pueblo. Como su Hijo haría más tarde con los discípulos de Emaús, la Madre comparaba cada acontecimiento presente con esa Palabra. La espada, por lo tanto, representa el discernimiento: la necesidad de aprender a reconocer, paso a paso y no sin esfuerzo, lo que Dios está obrando en su vida y en la de aquellos a quienes les ha confiado.

Su camino es un encuentro constante con el misterio del Hijo. Comprender y no comprender, aferrarse y soltar. En este movimiento interior, María aprende a conocerse a sí misma y la misión de Jesús. Su oración sincera es una búsqueda fiel y una disposición a transformarse. Finalmente, María ora con las manos. Las manos que envolvieron a un recién nacido en pañales en Belén, un gesto sencillo pero necesario. Dios se encomendó a esas manos para la vida y para la muerte y esas manos protegen y sostienen. En la vida oculta de Nazaret, son manos que amasan el pan, remiendan, sacan agua, acarician, consuelan, que se dedican al cuidado del huerto o de unas pocas cabras. Esto también es oración, como una herida vendada, una lágrima enjugada sin pedir explicaciones.

Gestos cotidianos

En estos gestos cotidianos, la vida florece. El cuidado se convierte en lenguaje. La materia –pan, agua, lana– se transforma en signo de presencia. La oración de María no está separada de la concreción de la existencia. Está presente en lo que hace cada día. Y en el tramo más largo del camino, de Caná al Calvario: escucha, dialoga, camino, cuidado. Los gestos de toda una vida, ahora se mezclan con las vidas de otros discípulos como ella; amigos del Hijo y la Madre con quienes comparte alegría y asombro, dolor y temor.

Podemos imaginarla reunida en el cálido ambiente primaveral del Cenáculo, esperando Pentecostés, contando cosas de Él, de su infancia y adolescencia a aquellas mujeres y hombres en quienes la esperanza comenzaba a florecer de nuevo. Y luego saliendo a proclamar hasta los confines de la tierra: “Derriba del trono a los poderosos, enaltece a los humildes”. Todo esto es su oración. Un diálogo que abre el camino a una visión de un futuro de justicia y paz, una mirada que nutre sus brotes, un paso que confía en el sendero, un corazón que discierne y unas manos que cuidan. No un conjunto de prácticas, sino una vida entera vivida ante Dios.

El Dios de Rosalía

Fe, música e identidad en un viaje espiritual y creativo



GEMA PAJARES

Tiene 33 años y una presencia que se nota. No es esa coronilla rubia teñida en la cabeza que se antoja un halo virginal, no. Tampoco lo es su indumentaria cuando camina por la calle, por su barrio (cada vez menos) o cuando se sienta frente a un periodista. Dicen que en la distancia corta **Rosalía** gana muchos puntos y su cercanía es tal que casi se la puede tocar, si es que no lo hace ella antes. Nunca la he escuchado quedarse muda cuando le formulan una pregunta de esas que hace que te recales en el asiento y ganes tiempo jugando con los anillos, como si estuvieras despistada. Tiene un punto naïf y es capaz de poner orden en el caos.

Cuando llegó a la música y publicó su primer disco la crítica ya la elevó a los altares. Era 2017, es decir, hace nueve

años, lo que hay que descontarle a los años que tiene. Hagan la resta. Imagino que no debe ser complicado mantenerse bien sujeta al suelo y no caminar como Cristo por encima, no de las aguas, sino del asfalto. Era una cría casi. Se miró en su familia y se agarró a su hermana, con la que dice que habla sin despegar los labios. Se asieron las dos. Y a su madre. Y a su abuela. Mujeres bien agarradas para que la niña de la que se hablaba en las cuatro esquinas del planeta no despegara las suelas del asfalto.

Llegaron los modelazos, la alta costura, los diseños abrumadores de **Versace**, **Dior**, **Vuitton** o **Palomo Spain**, las uñas kilométricas, los vestidos invisibles, pero ella, Rosalía, mantenía su esencia. Han pasado cuatro discos desde aquel primero dedicado a la muerte y *Lux*, con el que ha vuelto al mundo del arte (porque este trabajo, como en muchos otros de muchos

creadores, excede la palabra disco, a secas), la ha colocado de nuevo en un punto de mira que nunca ha abandonado. “Rosalía habla a Dios”. A un Dios conocido y a uno desconocido. Incluso le dedica una canción: *Dios es un stalker*, que con ironía y atrevimiento habla de la vigilancia constante que hoy vivimos. Ella lo ha repetido casi hasta el hartazgo: que tiene fe y que este disco explica con música lo que ella no sabe decir con palabras. Que quiere a través de esas canciones dar las gracias por todo lo que ha recibido.

Recogerse y rezar

Que en momentos de buscar casi con desesperación algo a lo que asirse porque el largo día amenaza con una tormenta cada vez más inclemente, la artista ha optado por recogerse y rezar. A su manera, como lo ha visto tantas veces hacer a su abuela. Como la veía hacerlo ella de chica cuan-



do iba con la tía a la iglesia a oír misa. Ese recogimiento y ese sentimiento de la carne, de la sangre, la ha calado hasta los huesos. Tanto que hoy reza. Y agradece. No es la actitud de esta chica de 33 años, no lo creo, una impostura, un postreo, un afán de vender, un arrimarse a lo que se lleva. Porque no lo necesita. Las cosas del trabajo le han salido bien y no tiene la necesidad de fabricarse un personaje. Rosalía es la que se ve, la que anda subida en unos tacones de plataforma tosca y la que calza deportivas, depende de la ocasión. La portada de *Lux*, que es un disco que no viene mal escuchar con cierto aislamiento, la retrata en la imagen de presentación como una monja, con una toca blanca, pero enfundada, parece, en una camisa de fuerza, quizá la que cada cual viste en su día a día. No le busquemos al gato más pies de los que tiene. Está cantado en varios idiomas y parece una

plegaria que ella necesitaba musicar en este momento, en el momento en que se publicó el disco y el mundo se puso a sus pies, allá por noviembre del año pasado. Y ahora también. No es fácil acercarse a Rosalía porque tiene un escudo protector que lo complica todo, pero las cosas de la vida son, muchas veces, la mayoría, bastante más sencillas de lo que queremos interpretar. Porque estamos en un tiempo de interpretaciones, de buscar porqués, de no conformarnos con lo que vemos porque no genera polémica y necesitamos el bullicio, el barullo, las discusiones infértiles y los argumentos sin razón.

Apetito espiritual

“Tengo hambre de conocimiento y mucha energía”, ha dicho. Y a ese apetito ha dado salida a través de una *Lux* que no sabe muy bien lo que es, pero que la ilumina, que pone luz en una espiritualidad que es la suya, que tiene raíces cristianas, claro, y a la que trata de dar forma ayudada por mujeres, muchas de ellas santas, que la sirven como guía. Ahí están Santa **Teresa de Jesús**, Santa **Clara de Asís**, Santa **Rosa de Lima**, **Hildegarda Von Bingen**, qué gran pionera en tantas materias y qué enorme música, nunca lo suficientemente reconocida, o **Simone Weil**, de quien toma una frase que es una declaración de intenciones y principios: “El amor no es consuelo, es luz”. Cuando habla de ellas y de ellos, de su espiritualidad, le hablan las manos, entorna los ojos y se concentra. Baja el tono y se refugia en el respeto. Porque ella respeta el rosario de su abuela y la liturgia, pero busca esa luz no solo en Dios, sino en otros dioses de los que habla a través de la música. La Biblia, el Corán, los Vedas, que son los textos sagrados más antiguos del hinduismo, forman parte de esa búsqueda para completarse. Son piezas capitales en un puzle que es ella misma, que es su esencia y que es su formación. Cuando se conoció la imagen de la portada no hubo sorpresas. Era bella, simplemente, no había de dónde rascar. No era, tampoco, un reclamo para que las vocaciones en España aumentaran exponencialmente y los conventos se llenaran con novicias dispuestas a profesar por haber escuchado la llamada de Rosalía. Ni quita ni pone. Simplemente está.

Una llamada que ha hecho en 13 lenguas (hay quienes añaden una más) en forma de rumba, de copla, canto lírico casi operístico (ahí, como siempre sucede, se levantaron las voces más puristas dispuestas

a quemar en la hoguera la osadía de Rosalía de querer lucir garganta lírica, menuda estupidez). Ha pasado meses estudiando textos religiosos y cuando ha tenido lo que quería entre las manos, porque en su cabeza ya se había forjado la idea, ha parido *Lux*, que no es un disco católico, sino que es el reflejo de una sociedad multicultural y de pensamiento abierto en la que todo aquello que signifique aportación y enriquecimiento tiene un lugar o al menos deberíamos saber dárselo. Todas las mujeres de las que habla la han acompañado en este proceso y en este trabajo. Cada una de ellas ha aportado su sabiduría y ella se ha llenado con cada verso, con cada prosa. Cuando habla de la santa de Ávila parece que levitara como ella. Siempre ha mostrado respeto.

Lo mismo que con las religiones que aborda. En todas las que canta se ha sentido tocada. Hay algo, aunque sea una pizca, que la toca, con lo que se identifica. Pero para eso, para llegar a ese momento, ha sido necesario conocer a fondo lo que canta, un proceso de inmersión de una trabajadora nata cuyo ritmo, dicen sus allegados, a veces es casi imposible de seguir. Esta *Lux* es muy seria. Es una luminaria potente. Y ella lo sabía y lo sigue sabiendo. Debajo del chándal o del vestido de alta costura late una mujer de 33 años que busca y que, a tientas, como cada quien, encuentra. *Lux* es el disco más vendido de las plataformas *online*. Y con él se ha ido de gira mundial. Un *tour* agotador que empezó en Lyon, donde desplegó todo su universo de teatro y belleza y que sigue convocando a almas deseosas de grabarla con el móvil, porque hoy miramos y vemos a través de ese aparato. Mejor, mucho mejor es sentir que canta para cada quien. Y que su voz se puede convertir, por qué no, en una plegaria.



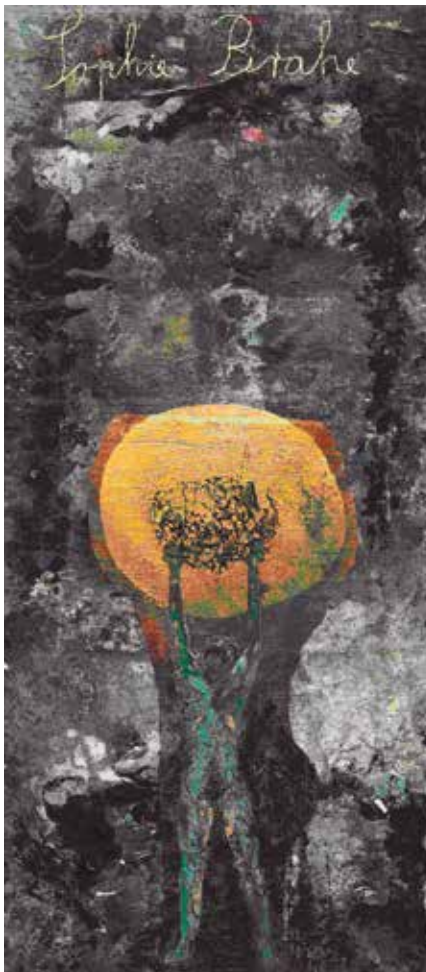
Alquimia y visiones

Cuerpos, materia y sabiduría femenina en Anselm Kiefer

En la historia de la ciencia, las alquimistas son figuras que durante mucho tiempo han permanecido marginadas en la narrativa oficial, pero que están profundamente arraigadas en los procesos de transformación del conocimiento. Entre laboratorios secretos y escritos simbólicos, entre filosofía natural e investigación espiritual, estas mujeres habitaron un espacio híbrido donde materia y pensamiento, cuerpo y conocimiento, no estaban separados. Más que simples practicantes de un arte arcano, fueron intérpretes de un conocimiento en evolución, capaces de imaginar la transformación no solo como una mutación de metales, sino como un proceso que involucra al mundo y a la humanidad.

Desde esta constelación de presencias es posible adentrarse en la exposición *Las Alquimistas de Anselm Kiefer*. A pocos pasos del Duomo de Milán, el Palacio Real alberga uno de los espacios más intensos de la memoria europea: la Sala de las Cariátides. Entrar en ella hoy significa acceder a una herida visible. Los muros, marcados por los bombardeos de 1943, no han sido restaurados por completo. Permanecen expuestos, como un cuerpo que no oculta sus cicatrices.

Hasta el 27 de septiembre se exhibe aquí la impresionante muestra del pintor y escultor alemán, uno de los artistas contemporáneos más influyentes. Desde el primer momento, queda claro que no se trata de una simple exposición, sino de una



experiencia. Las grandes obras no se presentan como imágenes para descifrar porque exigen tiempo, distancia y recorrido. El material —plomo, ceniza, tierra, paja— es denso, estratificado, inestable. Nada parece terminado. Todo parece estar en constante transformación. Es precisamente esta idea de transformación la que constituye el núcleo de la obra de Kiefer. En sus obras, la historia nunca se queda atrás: aflora, se asienta y resurge. El material la retiene y la expone a la vez. La alquimia no es un simple repertorio simbólico, sino una forma de pensar; la posibilidad de que lo herido, lo pesado y lo opaco pueda transformarse sin perder su densidad.

Es dentro de este horizonte de transformación donde la presencia femenina, evocada en el título de la exposición, cobra forma. Las alquimistas de Kiefer son numerosas, dispersas, sin una jerarquía aparente. No se imponen como retratos aislados, sino que se dejan capturar en la red de relaciones que las atraviesa, como una constelación en la que cada presencia remite a las demás. Algunas figuras, sin embargo, emergen con particular intensidad, casi como para hacer perceptible este patrón.

Anne Conway aparece de espaldas, con los brazos en alto, en un gesto que es a la vez invocación y reflexión. Filósofa inglesa capaz de entrelazar platonismo, cábala y

“El cuerpo, la postura y la maternidad son sagrados”

La historiadora Isabella Pedicini ofrece su visión sobre lo espiritual en el arte contemporáneo

CARMEN VOGANI

“Todo arte contiene una tensión hacia la dimensión trascendental, incluso cuando aborda lo más real y actual”. Este es el punto de partida de **Isabella Pedicini**, historiadora del arte, profesora y escritora, cuando se le pregunta dónde reside lo sagrado en el arte contemporáneo. *¿Lo sagrado está en lo material?*

Sí, es la poética femenina la que se detiene en las hendiduras

de la realidad, en objetos que suelen pasar desapercibidos: el cuerpo, la postura, la maternidad... A partir de los años sesenta y setenta, el cuerpo se convirtió en su lienzo. Numerosas artistas lo grabaron, lo dibujaron, lo transformaron. Es ahí donde se concentra una reflexión sobre lo sagrado: ya no en símbolos, sino en el cuerpo mismo.

¿Cómo habla hoy el arte de espiritualidad?

El arte contemporáneo se expresa a través de preguntas. En un momento como el nuestro, marcado por crisis geopolíticas y climáticas, conviven formas de denuncia social —pienso en **Banksy** o **Ai Weiwei**— con una dimensión más íntima, que llega directamente al espectador, se convierte en una experiencia y nos interpela sobre el significado y la manera de estar en el mundo en estos “tiempos interesantes”.

Desde su experiencia como profesora, ¿qué cree que buscan los adolescentes en el arte?

Un lenguaje inmediato, que no encuentran en el lenguaje hablado. Al definir su identidad, se sienten atraídos por artistas en quienes reconocen algo de sí mismos, en sus biografías y elecciones. Buscan una mirada capaz de invertir perspectivas, una que los interroga y los inquiete, también ante el mundo adulto. Por eso, el arte contem-

alquimia, aquí parece expuesta a una fuerza que no controla, sino que la atraviesa. Su cuerpo no representa una idea: la pone en práctica.

Sophie Brahe, en la Dinamarca del siglo XVI, combinó la observación astronómica con la práctica alquímica. Kiefer la representa alzando un crisol, en un gesto tenso entre la tierra y el cielo. Su lema –*Suspiciendo despicio, despiciendo suspicio*– expresa claramente esta tensión: mirar al cielo sin perder la tierra, mantener unido lo que a menudo se separa.

Dorothea Juliana Wallich, alemana, emerge como de una nube, casi una aparición generada por la materia misma. En sus escritos, la transformación no solo concierne a los metales, sino también al alma ya que nada permanece ajeno al proceso.

Teosebja Sternbucta, una figura envuelta en misterio, traslada aún más la mirada donde la verdadera obra no se realiza en los hornos, sino en el espíritu. La transformación se vuelve interna, silenciosa, vinculada a la regeneración de la humanidad.

Susanna von Klettenberg, abadesa y escritora alemana, arrodillada ante una planta, introduce un gesto diferente, no dominación, sino escucha; no apropiación, sino relación.

Como una constelación

Estas presencias no agotan la riqueza de la exposición, pero sugieren una dirección. La decisión de disponerlas como una constelación, todas al mismo nivel, constituye a la vez la fortaleza de la exposición y su limitación más sutil: por un lado, evita cualquier

jerarquía y refleja la pluralidad del saber femenino; por otro, puede dificultar la detención en la singularidad de cada figura. Esta tensión no debilita el proyecto, sino que lo hace más exigente para la mirada. Es aquí donde la obra de Kiefer puede resonar con ciertas ideas de la teología feminista.

Rosemary Radford Ruether ha cuestionado la separación entre espíritu y materia que impregna la tradición occidental, demostrando cómo esta jerarquía a menudo ha coincidido con una devaluación del cuerpo y de lo femenino. En las obras de Kiefer, la materia –incluso cuando parece degradada– sigue siendo un lugar de significado, un espacio en el que algo puede suceder.

De manera similar, el pensamiento de **Luce Irigaray**, con su insistencia en un femenino plural que no puede reducirse a la unidad, encuentra aquí una resonancia significativa. Los alquimistas no convergen en un solo principio puesto que permanecen en muchos, irreductibles y abiertos. En esta combinación de materia, transformación y pluralidad, la Sala de las Cariátides se presenta como un cuerpo herido y expuesto, ni oculto ni restaurado. Las obras de Kiefer no la tapan, sino que la habitan.

Y en esta convivencia entre ruina y posibilidad, surge una pregunta que también atañe al lenguaje de la fe: si la transformación no es un acto de dominación sino un punto de encuentro, si la materia no es algo que deba superarse sino algo que nos compromete, ¿qué forma de conocimiento –y quizás qué forma de fe– somos capaces de habitar sin renunciar a su lenta y obstinada posibilidad de transfiguración?



poráneo los fascina, sobre todo cuando resulta perturbador.

Usted edita la serie "Meridiane", que rescata las historias olvidadas de mujeres del sur de Italia. ¿Existe alguna en la que la relación con lo sagrado apareciera inesperadamente?

Fuani Marino habló de **Francesca Nobili Spada**, periodista de *l'Unità* y activista del Partido Comunista en Nápoles en la década de 1960. Acosada durante mucho tiempo por su supuesta vida privada irregular –cuatro hijos de dos relaciones diferentes–, era una figura atípica, incluso dentro de un contexto que se declaraba no

sexista. A los cuarenta y cinco años, se quitó la vida con una cuidada escenificación ya que eligió el Viernes Santo y se rodeó de flores, como una víctima sacrificial.

¿Existe alguna imagen a la que recurra cuando buscan algo que siente?

El *Angelus Novus* de **Paul Klee**, una obra muy apreciada por el filósofo **Walter Benjamin**, que representa a un ángel que camina hacia adelante, pero con la mirada puesta en el pasado. Es una imagen de la historia y de la vida misma: avanzar sin olvidar lo sucedido. Es una imagen que me infunde fuerza y esperanza.



Universidad Pontificia de Salamanca

UNIVERSIDAD DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

Comprometidos con un futuro excelente

     www.upsa.es

Universidad patrocinadora de este suplemento